

¿qué es el monopolio que yo persigo en su forma más general, mientras los economistas sólo lo ven y lo rechazan bajo el traje verde del aduanero? Es, para el hombre que no posee capitales ni propiedad, la prohibición del trabajo y del movimiento, del aire, de la luz y de la subsistencia; es la privación absoluta, la muerte eterna. La Francia, sin ropas, sin zapatos, sin camisas, sin pan y sin carnes; privada de vino, de hierro, de azúcar y de combustibles; la Inglaterra desolada por un hambre perpétua y entregada á los horrores de una miseria que desafía la descripción; las razas empobrecidas, degeneradas, haciéndose salvajes y feroces; tales son los signos espantosos que expresan la libertad cuando es herida por el privilegio, cualquiera que sea, y cuando se vé comprimida en su vuelo. Al llegar aquí, creemos oír la voz de aquel gran culpable que Virgilio pone en los infiernos amarrado á un trono de mármol:

Sedet, æternùmque sedebit
Infelix Theseus, et magnâ testatur voce per umbras,
Discite justitiam moniti, et non temnere divos!...

La nación más mercantil del mundo, la más devorada por todas las clases de monopolios, que protege, consagra y profesa la economía política, se ha sublevado como un solo hombre contra la protección; el gobierno ha decretado, con aplauso del pueblo, la abolición de las tarifas; la Francia, trabajada por la propaganda económica, está en visperas de seguir el impulso inglés, arrastrando en pos de sí á toda la Europa. Se trata, pues, de estudiar las consecuencias de esta grande innovación, cuyo origen no es bastante puro á nuestros ojos, y cuyo principio nos parece bastante superficial para que deje de inspirarnos desconfianza.

§ II.—Necesidad de la protección.

Si no tuviese que oponer á la teoría del libre comercio más que razones nuevas y hechos que yo sólo hubiese observado, se podría creer que la contradicción que voy á presentar en esta teoría, era una seducción de mi orgullo ó un deseo de hacerme notable por medio de la paradoja, y este prejuicio bastaría para despojar mis palabras de toda su fuerza.

Pero yo vengo á defender la tradición universal, la creencia más constante y más auténtica; tengo en mi favor la duda de los economistas mismos y el antagonismo de los hechos que refieren; y este antagonismo, esta duda y esta tradición, es lo que yo explico y lo que me justifica.

El Sr. Fix, á quien acabo de citar en favor de la libertad, escritor reservado, circunspecto, prudente, y uno de los economistas más ilustres de la escuela de Say, ha dado, en los términos siguientes, la refutación de su primera tesis:

«Los economistas avanzados que no admiten ninguna excepción, quieren proceder con toda la energía y toda la rapidez que inspiran las convicciones profundas; quieren destruir de un solo golpe las aduanas, los monopolios y el personal que los sostiene; pero... ¿cuáles serían las consecuencias de semejante reforma?

»Si se dejasen entrar libremente los tejidos extranjeros, los hierros y los metales trabajados, los consumidores se encontrarían bien durante algún tiempo, por lo ménos, y algunas industrias alcanzarían beneficios. Pero es seguro que este cambio instantáneo é inesperado causaría *inmensos desastres* en la industria; que *capitales enormes quedarían*

improductivos, y que *centenares de miles de obreros* se encontrarían de repente *sin trabajo y sin pan*. Inglaterra y Bélgica, por ejemplo, podrían dar fácilmente á la Francia *la mitad de su consumo*, la cual *reduciría en una cantidad igual* la fabricación interior, ocasionando á la vez pérdidas considerables á los amos de fábricas que se encontrasen todavía en estado de continuar su producción. Lo mismo sucedería con la industria de tejidos. Inglaterra, Bélgica y Alemania inundarían la Francia con sus productos, y ante esas importaciones desusadas, *la mayor parte de nuestras fábricas sucumbirían bien pronto*. Ningun país se atrevió nunca á hacer semejante experiencia, ni siquiera con una sola rama de su industria. Los hombres de Estado que estaban y que continúan estando todavía aferrados á las teorías de Adam Smith, retrocedieron ante una empresa de este género, y yo confieso que la encuentro *llena de amenazas y de peligros*.»

¿Son bastante enérgicas y claras estas palabras? Es de sentir que el autor, en vez de detenerse ante el hecho material, no haya deducido teóricamente los motivos de sus terrores. Si lo hubiese hecho así, su crítica tendría una autoridad que no obtendrá la mía, y acaso el problema de la balanza del comercio, resuelto por un economista de primer orden, discípulo y amigo de Say, habría dado una regla á la opinión, y prepararía las bases de una verdadera asociación entre los pueblos. Pero el Sr. Fix, dominado por las teorías económicas y persuadido de su certeza, no podía ir más allá del presentimiento de su contradicción. ¿Quién creerá, después del terrible programa que acabamos de leer, que el Sr. Fix haya tenido el valor de terminar con este extraño pensamiento: *Esto no destruye en nada la excelencia de la teoría y la posibilidad de su aplicación?*...

Yo, por mi parte, me veo precisado á repetirlo: cuanto más vivo y cuanto más profundizo las opiniones de los hombres, tanto más me persuado de que somos una especie de profetas inspirados por una fuerza sobrenatural, y que hablamos por la abundancia del dios que nos hace vivir. Pero ¡ay!... en nosotros existe algo más que el dios: hay también el animal, cuyas sugerencias, furiosas ó estúpidas, turban nuestra razón y hacen divagar nuestro entusiasmo. No sólo, pues, el genio fatídico de la humanidad me obliga á suponer un Dios; es preciso que admita todavía, como complemento de esta hipótesis, que en el hombre vive y respira todo el reino animal. El teísmo tiene por corolario la metempsicosis.

¡Cómo!... hé ahí una teoría que contradice los hechos constantes y universales, resultados espontáneos de la energía humana que no pueden dejar de producirse! ¡Y á esta teoría, que debería empezar por darnos la filosofía de estos mismos hechos, en vez de rechazarlos sin entenderlos, se la declara indudable y excelente!...—Hé ahí una teoría que sus partidarios reconocen inaplicable á la Francia, á la Inglaterra, á la Bélgica, á la Alemania, á la Europa entera y á las cinco partes del mundo, pues inaplicable es cuando no se puede poner en práctica sin causar *inmensos desastres, sin hacer improductivos enormes capitales, sin quitar el pan y el trabajo á centenares de miles de obreros, y sin matar la mitad de la fabricación de un país*; hé ahí una teoría, repito, que, á pesar del deseo de los gobiernos, es inaplicable en el siglo XIX, como lo fué en todos los anteriores; una teoría que lo será también mañana y en lo sucesivo, porque siempre, y en cada punto del globo, por efecto de las actividades nacionales é individuales, por la constitución de los monopolios

y por la variedad de los climas, se producirán siempre divergencias de intereses y rivalidades, por consiguiente, bajo pena de muerte ó de servidumbre, coaliciones y exclusiones; y sin embargo, por el honor de la escuela se persiste en afirmar la posibilidad de su aplicacion, se propaga, se defiende y se presenta al mundo como una verdad indiscutible!...

Tened paciencia, nos dicen: el mal causado por la libertad de los cambios será pasajero, mientras que el bien que de ella resulte será permanente é incalculable; pero... ¿qué me importan estas promesas de felicidad para las generaciones venideras, cuya realidad nadie garantiza y que, si algun día se cumplen, serán compensadas con otros desastres? ¿Qué me importa saber, por ejemplo, que Inglaterra puede darnos, á 150 francos cada 100 kilos, los mismos rails que pagamos á nuestros fabricantes á razon de 359,50, y que el Estado ganaria en este comercio 200 millones; que el hecho de rechazar los animales extranjeros hizo bajar el consumo de carne un 25 por 100 por persona, y que la salud pública está afectada; que la introduccion de las lanas extranjeras, produciendo una reduccion media de un franco por pantalon, dejaria 30 millones en los bolsillos de los contribuyentes; que los derechos sobre los azúcares sólo son beneficiosos para los falsificadores; que es absurdo que dos países, cuyos habitantes se ven desde sus ventanas, se encuentren más separados los unos de los otros que si los dividiesen las murallas de la China: qué me importan, repito, todas esas diatribas, cuando despues de haberme conmovido con el espectáculo de las miserias prohibicionistas, se enfria mi entusiasmo con la consideracion de los males incalculables que la falta de proteccion nos ocasionaria? Si compramos los hierros ingleses, ganaremos 200 millones; pero nuestras fá-

bricas sucumbirán, nuestra industria metalúrgica quedará desmantelada, y cincuenta mil obreros se encontrarán de repente *sin trabajo y sin pan*. ¿En dónde está la ventaja? Está, se nos dice, en que despues de ese sacrificio tendremos siempre el hierro barato. Entiendo:

Nuestros sobrinos segundos nos deberán esa sombra.

Pero yo prefiero trabajar un poco más y no morir: el cuidado de mis hijos no puede ir hasta arrojarme al abismo para que ellos tengan el placer de contar un Curcio entre sus antecesores. ¡Ah! Si yo pudiese aceptar esos ofrecimientos ventajosos sin comprometer mi libertad y mi existencia, la situacion variaria: si á lo ménos estuviese seguro del beneficio que se promete á mis hijos, ¿se cree que yo resistiria?

Una cuestion de oportunidad, ó mejor dicho, una cuestion de eternidad, domina todo el debate y separa á los partidarios de la proteccion de los del libre cambio. Los economistas, tan desdeñosos con los inventores de utopias, proceden en esto como los utopistas: piden un gran sacrificio, una subversion inmensa y miserias inusitadas, en cambio de una eventualidad de bienestar incierto, irrealizable, segun ellos, inmediatamente, lo cual significa, para la sociedad, eternamente. ¡Y se indignan contra los que no creen en sus cálculos!... ¿Por qué, pues, no abordan la dificultad resueltamente? ¿Por qué no tratan de buscar para el mal que puede resultar de la abolicion de ciertos monopolios (como lo han hecho para la division del trabajo, las máquinas, la competencia y el impuesto), si no una compensacion, un paliativo á lo ménos? Vamos, caballeros; entrad en la cuestion, porque hasta hoy habeis per-

manecido en la vaguedad del anuncio: probad de qué modo la teoría del comercio libre es aplicable, quiero decir, benéfica y racional, á pesar de la repugnancia de los gobiernos y de los pueblos, á pesar de la universalidad y la permanencia de los inconvenientes. ¿Qué se necesita, en vuestro concepto, para que se realice en todas partes sin producir esos *inmensos desastres*, sin que haga sentir cada vez más al proletariado el yugo del monopolio, y sin comprometer la libertad, la igualdad y la individualidad de las naciones? ¿Cuál sería el nuevo derecho entre los pueblos? ¿Qué relaciones se establecerían entre el capitalista y el obrero? ¿Cuál sería la intervención del gobierno en el trabajo? Todas estas investigaciones os pertenecen; todas estas explicaciones debéis dárnoslas. Acaso, por la tendencia de vuestra teoría, sois, sin saberlo, una nueva secta de socialistas; pero... no temais las recriminaciones y hablad. El público conoce perfectamente vuestras intenciones conservadoras; y en cuanto á los socialistas, podeis estar seguros de que se alegrarian mucho al veros entre sus filas, y que no pensarían siquiera en burlarse de vosotros.

Pero... ¿qué estoy haciendo? Es poco generoso provocar á personas tan inocentes como los economistas. Demostrémosles, cosa nueva para la mayor parte de ellos, demostrémosles que se encuentran en el camino de la verdad siempre que se contradicen, y que su teoría del libre cambio en particular, sólo tiene mérito porque es la teoría del libre monopolio.

¿No es una cosa evidente por sí misma, clara como el día, aforística como la redondez del círculo, que la libertad de comercio, al suprimir toda traba á las comunicaciones y á los cambios, deja el campo más libre á todos los antagonismos, extiende el dominio

del capital, generaliza la competencia, hace de la miseria de cada nacion, como de su aristocracia financiera, una cosa cosmopolita, cuya vasta red, sin cortes ni soluciones de continuidad, abraza en sus mallas solidarias la totalidad de la especie?

Si los trabajadores, como los germanos de que nos habla Tácito, como los tártaros nómadas, como los árabes pastores, y como todos los pueblos medio bárbaros, habiendo recibido cada uno su porcion de terreno y debiendo producir por sí mismos todos los objetos de su consumo, no se comunicasen entre sí por el cambio, no habría habido nunca ricos ni pobres; nadie ganaría nada, pero nadie se arruinaría tampoco. Y si las naciones, como las familias que las componen, lo produjesen todo en sí y para sí, viviendo sin relaciones comerciales, es evidente que ni el lujo ni la miseria pasarían de una á otra por el vehículo del cambio, que podemos calificar perfectamente de contagio económico. El comercio crea á la vez la riqueza y la desigualdad de las fortunas, y por el comercio, la opulencia y el pauperismo están en progresion continua. Luego es evidente que allí en donde el comercio se detiene, allí cesa la accion económica y reina una inmóvil y comun medianía. Todo esto es tan sencillo y de una evidencia tan perentoria, que debia pasar desapercibido á los ojos de los economistas que, no habiendo admitido nunca la necesidad de los contrarios, están condenados á vivir siempre fuera del sentido comun.

Hemos demostrado ya la necesidad del comercio libre, y ahora completaremos esta teoría probando que, cuanta más latitud obtiene la libertad, tanto más es, para las naciones mercantiles, una nueva causa de opresion y de bandolerismo. Si nuestras palabras responden, pues, á nuestra conviccion, habremos descubierto el sentido de la reforma empren-

dida con tanto ruido por nuestros vecinos de ultra-Mancha, y habremos presentado desnuda, á los ojos del pueblo, la más grande de todas las mistificaciones económicas.

El argumento capital de Say, él que en la cruzada organizada contra el régimen protector desempeñó el papel de Pedro el Ermitaño, consiste en este silogismo:

«*Mayor.* Los productos se pagan con productos; las mercancías se compran con mercancías.

«*Menor.* El oro, la plata, el platino y todos los valores metálicos, son productos del trabajo, mercancías como el carbon, el hierro, la seda, los paños, los hilos y los cristales.

«*Conclusion.* Luego, si toda importacion de mercancías se paga con una exportacion equivalente, es absurdo creer que puede existir ventaja para una ú otra nacion, segun que una parte de las mercancías expedidas en cambio, consista en numerario ó no.—Léjos de esto, el oro y la plata son mercancías cuya única utilidad se reduce á servir de instrumentos de circulacion y de cambio á las demás; la ventaja, pues, si existe, la obtendrá la nacion que reciba del extranjero más productos de los que dá; y léjos de buscar el nivel de las condiciones del trabajo por medio de la aduana, es preciso nivelarlas por medio de la libertad más absoluta.»

En consecuencia, J. B. Say establece, como corolarios de su famoso principio, *los productos se pagan con productos*, las proposiciones siguientes:

1.^a *Una nacion gana tanto más, cuanto la suma de los productos que importa excede á la suma de los productos que exporta.*

2.^a *Los negociantes de esta nacion ganan tanto más, cuanto el valor de los productos que reciben, excede al de las mercancías que exportaron.*

Esta argumentacion, que es inversa á la de los partidarios de la balanza del comercio, pareció tan clara y decisiva ante los efectos subversivos del régimen protector, que todos los hombres de Estado que se precian de ser independientes y progresistas, todos los economistas de algun valer, la adoptaron resueltamente. Hoy, ni siquiera se discute con los que sostienen la opinion contraria; se los pone en ridículo, y nada más.

«Se olvida generalmente que los productos se compran con productos... Los ingleses pueden muy bien darnos sus productos baratos, pero yo ignoro que nos los den de balde. No se comercia con personas que no tienen que cambiar. Si la Francia victoriosa obligase á su pérfida vecina á trabajar para ella; si la Inglaterra, para pagar su tributo, nos enviase *gratuitamente* todos los años lo que nos hace pagar demasiado caro todavía, los prohibicionistas, para ser consecuentes, deberian gritar ¡traicion!... Confesamos que hay argumentos bastante fuertes contra nosotros, porque el adversario maneja un arma de dos filos. Si la Inglaterra nos *toma*, como en 1815, dicen que nos arruinamos; si nos *dá*, como nosotros suponemos, entónces gritan más todavía.» (*Diario de los Economistas*, Agosto de 1842.)

Y en los números del mismo Diario correspondientes á los meses de Noviembre de 1844, Abril, Junio y Julio de 1845, un economista de notable talento, inspirado por la más generosa filantropía, y lo que parece más extraño, dirigido por las ideas más igualitarias; un hombre que yo aplaudiria mucho más si no debiese su rápida celebridad á una tésis inadmisibile, se encargó de probar, entre los aplausos del mundo economista,

Que nivelar las condiciones del trabajo es atacar el cambio en su principio;

Que no es cierto que el trabajo de un país pueda ser ahogado por la competencia de los países más favorecidos;

Que aún cuando esto fuese exacto, los derechos protectores no igualan las condiciones de la producción;

Que la libertad nivela estas condiciones en todo lo posible;

Que los países menos favorecidos son los que ganan más en el cambio;

Que la Liga y Roberto Peel han merecido bien de la humanidad por el ejemplo que han dado á las demás naciones;

Y que todos los que pretenden y sostienen lo contrario, son unos verdaderos *sisifistas*.

Seguramente, gracias á la audacia y al aplomo de su polémica, el Sr. Bastiat, de las Landas, puede jactarse de haber maravillado á los economistas, fijando tal vez á aquellos cuyas ideas sobre el libre cambio eran flotantes todavía. En cuanto á mí, confieso que no encontré nunca sofismas más sutiles y más encadenados, expuestos con tanta conciencia y con un aire de verdad tan franco, como los *sofismas económicos* del Sr. Bastiat.

Yo me atrevo á decir, sin embargo, que si los economistas de nuestro tiempo cultivasen ménos la improvisación y un poco más la lógica, habrían apercibido fácilmente el vicio de los argumentos del Cobden de los Pirineos, y que en vez de procurar que la Francia industrial marche arrastrada por la Inglaterra á la abolición total de las barreras, habrían gritado: *¡Guardémonos de semejante cosa!...*

¡Los productos se compran con productos! Hé ahí un magnífico, un incontestable principio, por el cual desearia yo que se le elevase una estatua á J. B. Say. En lo que me concierne, he demostrado

la verdad de este principio al exponer la teoría del valor, y probé además que era el fundamento de la igualdad de fortunas y del equilibrio en la producción y en el cambio.

Pero cuando se añade, como segundo término del silogismo, que *el oro y la plata amonedados son una mercancía como otra cualquiera*, se afirma un hecho que sólo es cierto en potencia; se hace, por consiguiente, una generalización inexacta, desmentida por las nociones elementales que ofrece la economía política misma sobre la moneda.

El dinero es la mercancía que sirve de instrumento á los cambios; es decir, la reina de las mercancías, la mercancía por excelencia, la que es siempre más pedida que ofrecida, la que domina todas las demás, la que se acepta en toda clase de pagos; por consiguiente, la que representa todos los valores, todos los productos y todos los capitales posibles. Y en efecto; el que tiene mercancías no tiene por eso riqueza, porque falta llenar la condición de cambio; condición peligrosa, como todo el mundo sabe, sujeta á mil oscilaciones y á mil accidentes. Pero el que tiene moneda tiene riqueza, porque posee el valor más idealizado y más real á la vez; posee lo que todo el mundo quiere tener; por medio de esta mercancía única, puede adquirir cuando quiera, con las condiciones más ventajosas y en la ocasión más favorable, todos los demás productos: en una palabra; el dinero le hace dueño del mercado. El tenedor de moneda es, en el comercio, como el que en el juego del tresillo tiene los triunfos. Se puede sostener perfectamente que todos los naipes tienen entre sí un valor de posición y otro relativo; hasta se puede añadir que el juego sólo se efectúa por el cambio de todos los naipes los unos por los otros; pero esto no impide que los triunfos ganen á

los demás, y que entre los mismos triunfos, los primeros venzan á los otros.

Si todos los valores estuviesen determinados y constituidos como el dinero; si cada mercancía pudiese ser inmediatamente y sin pérdida aceptada en cambio de otra en el comercio internacional, sería indiferente saber si la importacion era ó no superior á la exportacion: casi se puede decir que esto no tendría sentido, á no ser que la suma de los valores de una nacion excediese la suma de los valores de la otra. En este caso, sería como si la Francia cambiase una moneda de 20 francos por una libra esterlina, ó un buey de 40 quintales por otro de 30. En el primer cambio habria ganado 20 por 100; pero en el segundo habria perdido 25. Sólo en este sentido, J. B. Say habria tenido razon para decir *que una nacion gana tanto más, cuanto el valor de las mercancías que importa excede el de las que exporta*. Pero no es este el caso en la condicion actual del comercio: la diferencia de la importacion y la exportacion se refiere únicamente á aquellas mercancías que debieron pagarse con numerario, y yo sostengo que esta diferencia no es indiferente. — Así lo habian comprendido los partidarios del sistema mercantil, que no eran más que unos partidarios de las prerogativas del dinero. Se ha dicho, se repitió y se repite todos los dias, que sólo consideraban como riqueza el metálico; pero esta es una pura calumnia. Los mercantilistas sabian, como nosotros, que el oro y la plata no son la riqueza, sino el instrumento omnipotente de los cambios; por consiguiente, el representante de todos los valores que componen el bienestar, un talisman que dá la felicidad. Y la lógica no les ha faltado cuando al valerse de una sinécdoque, llamaron riqueza al producto que mejor la condensa y la realiza.

Por lo demás, los economistas no desconocieron la ventaja inherente á la posesion del dinero; pero como no supieron darse cuenta teóricamente de esta excepcion de la mercancía oro y plata; como no han visto en ella más que una preocupacion vulgar; como á sus ojos, las materias amonedadas eran una mercancía ordinaria que se tomó por instrumento de cambio, porque es más portátil, más rara y ménos alterable, sus teorías y, digámoslo de una vez, su ignorancia sobre la moneda, los obligó á desconocer su verdadero papel en el comercio, y su guerra á las aduanas no es más, en el fondo, que la guerra al dinero.

En el capítulo del valor, hice ver que el privilegio del dinero data desde su origen, y que es todavía el único valor determinado que circula entre los productores. Creo inútil tratar de nuevo esta cuestion agotada; pero es fácil comprender, despues de lo que se dijo, por qué razon el que posee numerario y tiene el oficio de prestar ó vender dinero, obtiene por eso sólo una superioridad marcada sobre todos los productores, y por qué, en fin, la banca es la reina de la industria y del negocio.

Una vez introducidas en la teoría de Say estas consideraciones fundadas en los datos más elementales de la economía política, toda su teoría del libre cambio y de los mercados, tan ligeramente aceptada por sus discípulos, aparece como la extension indefinida de aquello mismo que condenan; quiero decir, de la espoliacion de los consumidores y del monopolio.

Continuemos, pues, la demostracion teórica de esta antítesis, y vendremos despues á la aplicacion y á los hechos.

Say sostiene que el dinero no produce los mismos efectos entre las naciones que entre los particulares;